



De la sociedad de individuos a la pluralización de la política

*From the society of individuals
to the pluralization of politics*

Ruslan Posadas Velázquez* / Víctor Hugo López Llanos**

Recibido: 13 de marzo, 2023. Aceptado: 10 de agosto, 2023.

Resumen En este artículo se plantean las formas en que los distintos procesos de individualización, derivados de la globalización, inciden en el quehacer político cotidiano, así como en la manera en que los individuos ejercen su derecho a la *libertad* en un ambiente condicionado por las estructuras económicas, nacionales y transnacionales, que promueven el individualismo institucionalizado.

Palabras clave: filosofía política, globalización, individualización, política, individuo.

Abstract This article discusses the ways in which the different processes of individualization, derived from globalization, affect daily political activities, as well as the way in which individuals exercise their right to freedom in an environment conditioned by economic structures, national and transnational, that promote institutionalized individualism.

Keywords: political philosophy, globalization, individualization, politics, individual.

* Doctor en Ciencias Políticas y Sociales por la UNAM. Profesor Investigador de la Academia de Ciencia Política y Administración Urbana de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM) Plantel "Casa Libertad". Miembro del Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores Nivel I. Contacto: ruslan.posadas@uacm.edu.mx

** Maestro en Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM). Contacto: victor.hugo.170989@hotmail.com

NOTAS PRELIMINARES

La sociedad moderna se encuentra bajo diferentes procesos de socialización que están modificando radicalmente los lazos, rasgos y valores de convivencia entre los individuos. Orientado y poseído principalmente por la persecución de sus propios placeres y deseos, el individuo se ha convertido en un ser egoísta y, sólo por la necesidad de subsistir en sociedad, se sigue relacionando con los otros. Este fenómeno está originando diferentes desequilibrios en las actividades colectivas que demandan solidaridad, involucramiento, participación, crítica y pensamiento.

Por ejemplo, la actividad política como ejercicio colectivo fundamental, representada en movimientos y organización de grupos sociales si bien no ha desaparecido, poco a poco pierde protagonismo en la escena pública. Por otro lado, la actividad económica empieza a reconfigurarse, pues los trabajos que demandan un colectivismo para generar más producción, comienzan a ser desplazados por la nueva cultura de la innovación y del emprendimiento.

Según los estudiosos de los procesos de globalización como Ulrich Beck, la individualización social es producto de la nueva cultura del consumo que promueve el mercado, a través de las nuevas instituciones del amor, que buscan el deseo de los individuos por la satisfacción plena del placer, así como la maximización de libertades y derechos.

Otro factor que lo detona es el triunfo de la democracia como la mejor forma de gobierno, ya que ésta no solamente es concebida como tal, sino que la sociedad poco a poco la ha adoptado como una forma de vida. En este sentido los ciudadanos de esta modernidad, buscan ser realmente libres y plenos, a través del goce de sus derechos, pero equilibrados en la rigidez constante de sus obligaciones frente al Estado y la sociedad.

En el siglo XXI, diversos valores morales y políticos han traído consigo cambios importantes, tanto en la forma de estructurar la vida política de una sociedad, así como en la de organizar los esquemas socioculturales de los Estados-Nacionales. El rasgo de la libertad, ha quitado la idea rigorista de las expresiones singulares de las sociedades modernas, de las décadas que van de los sesentas a noventas del siglo XX. Las prácticas rígidas de la vida política, productiva y moral han desaparecido o, en el mejor de los casos, están en proceso de transformación.

Ahora el nuevo ideal moderno de la individualidad se materializa en la transformación de los estilos de vida, encaminada a la vida de consumo como lo señala Zygmunt Bauman y, en ese sentido, esta actividad ha permitido, paradójicamente, el desarrollo de los derechos, de los deseos y placeres comerciales de los individuos. En este sentido, la individualización en términos de Gilles Lipovetsky, es resumida como la hedonización de la vida en la lógica de la seducción propia en la era del vacío.

El tema también ha sido abordado ampliamente por los sociólogos antes mencionados, así como por Richard Sennett y Jeremy Rifkin. A grandes rasgos las interpretaciones que presentan estos autores sobre el proceso de individualización, se dan en función de la nueva manifestación de la sociedad generada por la constante incertidumbre que confecciona los lazos sociales, laborales y políticos. Por lo tanto, el individuo al no sentirse seguro ni protegido por las instituciones que dan cohesión y sostenimiento a su convivencia y existencia cotidiana, se ve orillado a perseguir sus propios intereses y responsabilidades.

De acuerdo con la tesis de Ulrich Beck en el contexto de la individualización, la propia existencia es vivida como una biografía reflexiva y electiva, que se expresa en el mandato "hágalo usted mismo" o en términos de Fernando Savater "haz lo que quieras". La promesa de la modernidad que nació de la reivindicación del poder del sujeto, se cumple con creces en las sociedades contemporáneas.

En este contexto, las crisis dejan de ser percibidas en su dimensión social, las formas de vida se destradicionalizan y las personas luchan de forma compulsiva por vivir su propia vida en un mundo en constante transformación. La imagen y la sensibilización por el sentimiento hacia lo humano se desvanece por los roles de la diferenciación por cuestiones políticas, religiosas, económicas, sociales y culturales. En este sentido, existe la noción de no poder concebir al individuo si no es en sus relaciones con el mundo del trabajo, la familia, las redes sociales y las instituciones.

Por lo tanto, ¿hasta qué punto esta forma de individualismo se opone a los procesos de integración social y hasta dónde los hace posibles? ¿En qué medida esta individualización produce una merma de la ciudadanía y participación en asociaciones voluntarias y otras actividades altruistas, que si bien es cierto no han dejado de existir en la escena social y política, pero enfrentan, de una manera más constante, diversas limitaciones para su desarrollo y desenvolvimiento pleno?, ¿De qué manera el proceso de individualización, cuyo fundamento tiene su base en la ideología de los valores del mercado global, fragmenta y banaliza la acción política plural, atenta contra los lazos de comunidad, responsabilidad y solidaridad y, al mismo tiempo, favorece la construcción de un pensamiento crítico que reconfigura y transgrede el sentido de la política en las sociedades actuales?

Tal vez el individualismo moderno “europeizado” no tenga grandes manifestaciones en nuestra realidad latinoamericana, de hecho, varios investigadores mexicanos evitan utilizar el concepto de individualización que propone Beck, Lipovetsky o Bauman, bajo el argumento de la endeble compatibilidad con nuestra realidad, en parte, debido a las viejas tesis de Octavio Paz, cuando afirmaba que:

El individualismo mexicano es un símbolo de la falta de rumbo de nuestro pueblo, un factor de retraso propio del ser de los mexicanos o del alma nacional que se caracteriza por la aversión al conflicto, la resistencia a emprender acciones colectivas y por un tipo de desconfianza colosal concebida como una enfermedad que se expresa en forma de sospechosísimo que lleva oculta parte de la verdad como estrategia de relación con los otros (Paz, 1950: 23).

Sin embargo, el proceso de individualización de manera simultánea posibilita la construcción de un pensamiento crítico, que también cierra las posibilidades para construir un pensamiento orientado hacia nuevos derroteros de convivencia, ya que hoy más que nunca los individuos viven inmersos en una ideología del mercado, la cual pretende maximizar al por mayor los placeres, pasiones y éxitos, evitando la amargura de sus fracasos. Es por ello que se considera pertinente analizar, debatir y reflexionar este nuevo fenómeno individualista a partir del debate teórico y sociopolítico sobre la nueva vida social moderna.

LA SOCIEDAD PLURALMENTE INDIVIDUALIZADA

En el artículo *La institucionalización de la individualización en la sociedad contemporánea* que se publicó en el número 56 de *Estudios Políticos* (mayo-agosto de 2022), se analizó el nacimiento y la confección del proceso de individualización a partir de tres categorías analíticas fundamentales: la división social del trabajo, la solidaridad orgánica productiva y la especialización. Estos tres elementos fueron rastreados en diferentes coyunturas con la intención de ubicar la manera

en que la individualización se fue configurando hasta tomar la apariencia que hoy muestra. Momentos que fueron el resultado del capitalismo, así como también por el debilitamiento del poder político frente al poder económico, que derivaron hacia otras formas de organización social y política.

En este trayecto, la individualización toma nuevas significaciones manifestándose de forma radical en las estructuras sociales, culturales y políticas, donde la división social del trabajo, la solidaridad productiva y la especialización dan un giro trasminando sus principios hacia todos los espacios de la vida social. Estas prácticas alcanzarán expresiones que el individuo adopta en términos de una forma moderna de relación expresada tanto en su vida privada como en la pública.

De este modo, la división social del trabajo, la solidaridad productiva y la especialización se transforman en el campo laboral a partir del nacimiento del capitalismo global, lo que genera nuevas conductas, así como nuevos valores de socialización que, mezcladas a los procesos democratizadores, van gestando una idea de libertad enmarcada en los modelos de flexibilización y privatización. Esto permite al individuo desarrollar ideales y representaciones de vida cotidianas caracterizadas por la veneración al acceso del consumo como sinónimo de calidad de vida; las relaciones personales sin un lazo que vaya más allá del compromiso y la búsqueda incesante de satisfacción del placer y deseo como normas de convivencia social cosificadas a partir del dinero.

Estas características que en nuestros tiempos describen al individuo moderno se producen a partir de la mutación de las categorías que fundamentan al proceso de individualización y que adquieren una nueva lógica de organización en el terreno laboral. Esta realidad se genera a partir de la transformación a las dinámicas de producción, pero fundamentalmente con el cambio en el esquema de la división social del trabajo. Con el nacimiento de la globalización en donde los mercados se liberalizan y se desregulan, todas las dinámicas de producción se adaptan a las nuevas peticiones que establece el mismo mercado. La competencia, la oferta y la demanda deben desarrollar nuevos esquemas que se adapten a los recursos que ofrecen la tecnología, la ciencia y la información.

En ese sentido, la división social del trabajo desarrolla un prototipo de solidaridad productiva orgánica (Durkheim, 2007), la cual tendrá como propósito incrementar la producción y las utilidades. Lo anterior hace que la división social del trabajo genere una diferenciación entre los individuos, ya que estos deberán actuar con el otro para ayudarse mutuamente con el objetivo de cumplir un interés privado para generar mayores ganancias a menor costo y tiempo.

Esta lógica permite a la solidaridad orgánica desarrollar una “conciencia conciliadora de intereses privados” (Durkheim, 2007), formando una sensación de sentimientos comunes que genera la utilidad de las ganancias creando una conciencia de producción y consumo, lo que cimienta una realidad que orilla al individuo a especializarse para adentrarse en las dinámicas que establece la división social del trabajo, y en consecuencia, el empleo. Es en el terreno del empleo en donde nace la idea del reconocimiento por sí mismo y de los otros, ya que sin establecer relaciones que demanden algún tipo de compromiso vitalicio, se forja una sensación de reconocimientos con base a propósitos que maximicen la productividad y las utilidades de la empresa.

Sin embargo, la solidaridad orgánica que genera el capitalismo moderno parte de la suposición de que todos los individuos, para cumplir con el proceso de producción, deben ser diferentes. Esta diferencia se genera a través de funciones específicas que el individuo adopta para generar una mayor productividad (Durkheim, 2007). En consecuencia, al existir una mayor división social del trabajo, el individuo debe ser más solidario para producir y a la vez debe estar más especializado y coordinado con el otro para generar mayores bienes y ganancias. Durkheim argumenta:

En efecto, de una parte, depende cada uno tanto más estrechamente de la sociedad cuanto más dividido está el trabajo, y, por otro parte, la actividad de cada uno es tanto más personal cuanto más especializada (...) Esta solidaridad se parece a la que se observa en los animales superiores. Cada órgano, en efecto, tiene en ellos su fisonomía especial, su autonomía, y, sin embargo, la unidad del organismo es tanto mayor cuanto que esta individuación de las partes es más señalada. En razón a esa analogía, proponemos llamar orgánica a la solidaridad debida a la división del trabajo. (Durkheim, 2007: 126).

Al romperse la estructura tradicional del trabajo, el individuo desarrolla un sentimiento de egoísmo, es entonces cuando la identidad y las formas de relacionarse con el otro se hace más débil y volátil. Durkheim subraya:

Para que así sea, es preciso que la personalidad individual se haya transformado en un elemento mucho más importante de la vida en sociedad, y para que haya podido adquirir esta importancia no basta que la conciencia personal en cada uno se haya acrecentado en valor absoluto, sino también que haya aumentado más que la conciencia común. Es preciso que se haya emancipado del yugo de esta última, y, por consiguiente, que ésta haya perdido el imperio y la acción determinante que en un principio ejercía. (Durkheim, 2007: 130).

La división social del trabajo, la solidaridad orgánica productiva y la especialización transforma la personalidad del individuo cosificando su carácter y su existencia en un valor absoluto. En consecuencia, el proceso de individualización se radicaliza y muta hacia el espacio social, cuando las lógicas del capitalismo y del mercado se transforman, se flexibilizan y se liberalizan fomentando nuevas formas de actuar y de concebir espacios de convivencia.

Sin embargo, es la división social del trabajo la que llena cada vez más la función de la conciencia común; “ella es la que sostiene unidos a los agregados sociales” (Durkheim, 2007). Es a través de la solidaridad orgánica como consecuencia de la flexibilidad laboral, que el propio capitalismo recrea un individuo con una moral fundamentada en intereses privados, cuyas expresiones son visibles a través de la animación narcisista y la conducta hedonista, pues la flexibilización de la estructura económica, viene acompañado de discursos, como la libertad de consumo, de recreación y acción como una forma de vida, cuyo propósito es establecer la vida digna y la felicidad pública a través de acciones privadas.

No obstante, acceder a esta forma de vida necesita de elementos que complementen la estructura jerárquica de la sociedad. La especialización aparece a través de discursos de estabilidad y progreso que abrigan al individuo. En la medida de que el trabajo se divide cada vez más, mayor será el sometimiento de solidaridad productiva, lo que generará una sociedad más diversa, conflictiva y competente.

El individuo deberá especializarse tan rápido como sea posible con el ánimo de formar parte del empleo ofertado y acceder a la felicidad y bonanzas que trae consigo acceder a un empleo por un tiempo determinado. En ese sentido, la educación es una parte fundamental de la estructura jerárquica, ya que ésta será el medio por el cual el individuo pueda especializarse continuamente y competir en el terreno de lo laboral.

La misma especialización será el promotor de las diferencias en la sociedad individualizada. Dichas diferencias impulsan la construcción de un individuo líder cuya capacidad se centre en la adaptación a través de un comportamiento ágil, asumiendo riesgos; autónoma e independiente con la finalidad de asumir sus propias decisiones. Como resultado, el individuo líder moldeado

e inmerso en la división social del trabajo, a través de la lógica solidaria orgánica altamente especializado, desarrolla un carácter que relaciona rasgos personales con el propósito de ser reconocido frente al otro a partir del salario expresado en dinero.

Es necesario destacar que, para Adam Smith, existen dos dimensiones de la división social del trabajo: la técnica y la productiva. La primera se refiere a cómo la división del trabajo mejora las habilidades y destrezas del trabajador en actividades específicas. Para Smith, un operario, cuando se especializa en determinadas tareas, puede perfeccionar sus habilidades y hacerse más eficiente. Ello debido a que, con la repetición y práctica continua, el trabajador ahorra tiempo y esfuerzo. Esto, a su vez, se traduce en una mayor eficacia en la producción de bienes y servicios.

Adicionalmente, la dimensión productiva, en la lógica de Smith, aumenta la producción total en una sociedad. Para Smith cuando los trabajadores se especializan en tareas específicas y cooperan entre sí, la producción total de bienes y servicios aumenta de manera significativa. Esto porque cada trabajador se enfoca en una tarea particular, y al combinar sus esfuerzos con los de otros operarios especializados, se obtiene un incremento considerable de la producción total. En suma, la dimensión productiva de la división del trabajo permite un mayor crecimiento económico y una mayor riqueza para la sociedad en su conjunto (Smith, 2011).

Las tesis de Adam Smith son relevantes, pero se debe ir más allá de su interpretación formal, pues las dimensiones técnica y productiva de la división social del trabajo se encaminan a conformar un orden capitalista extremo que da lugar a que los trabajadores se recreen en una lógica individualista. En ese sentido, los individuos, como producto social de dicho orden, son integrantes destacados de un sistema que hunde sus raíces en el individualismo.

Giovanni Arrighi, un revisionista del pensamiento smithiano, señala que los planteamientos del destacado economista escocés deben ser analizados desde una lógica distinta. Esto porque el análisis formal ha hecho del pensamiento de Smith una teoría que justifica al capitalismo. Sin embargo, para Arrighi, Smith tiene en realidad un planeamiento crítico hacia el capitalismo que conduce a advertir, por ejemplo, que el armazón del mundo de la división social del trabajo condujo irremediamente al inicio de una suerte de *individualismo institucionalizado*, esto debido al perfil con el cual se recrearon los operarios en las dimensiones técnica y productiva del mundo laboral primigenio capitalista (Arrighi, 2007).

Principio del formulario

Por otra parte, en el momento en que se atribuye valor a las cosas y los individuos las adoptan, siempre y cuando éstas cumplan satisfacciones y placeres, el valor fundamental será “el dinero como elemento que expresa de manera tangible la relación recíproca entre objetos intercambiables” (Simmel, 2003). El deseo asigna un valor económico al objeto, esto fomenta una diferencia y una jerarquía entre quienes poseen y no poseen. Para que el deseante acceda al deseo éste debe pagar por un precio para poseer el objeto y satisfacer su placer.

Simmel afirma que el valor del objeto como tal no se ve afectado por el deseo que se tenga de él, pues dicho valor se encuentra por encima de las apetencias de los sujetos. Estos, en el proceso de intercambio, mantienen para sí la impresión de haber obtenido mucho más de lo que han dado a cambio; es decir que, con independencia de los objetos que son intercambiados, los sujetos creen haber obtenido alguna ventaja, siendo esta la causa y el resultado del intercambio (Simmel, 2003). “Esa presunción de mutuo beneficio, ausente de formas de posesión de las cosas

como el trueque, el robo o el regalo, garantiza y facilita la instalación del dinero en las relaciones interpersonales” (Simmel, 2003: 65).

En consecuencia, el dinero afecta las relaciones de las personas, altera el pensamiento y enaltece el goce, ya que la búsqueda incesante del placer, de la felicidad privada y el reconocimiento por sí mismo que otorga el éxito laboral, social o cultural se sobrepone a la libertad basada en la experiencia de la voluntad, materializada en la acción política plural cuyo propósito es satisfacer y perseguir el bien común.

Desde este contexto, se parte del supuesto de que la solidaridad productiva da paso a otra lógica subjetiva del individuo, entendida como “las formas de relación que establece un sujeto que es a la vez un yo *cognosciente* [pensante], un yo *sintiente* [experiencia] y un yo *padeciente*” [carente] (Bürger, 1987). Esta transformación de la subjetividad fragua una solidaridad dirigida a la búsqueda de la satisfacción y reproducción de individuos diferentes y egoístas. Por su parte, la especialización deviene en la base para la conformación de un individuo plural y diverso, atravesado por la facultad de involucrarse en los ámbitos productivos y, simultáneamente, con una voz singular sobre las cuestiones públicas. Y, por último, la división social del trabajo va a constituir el fundamento de la diferencia política.

Al conjugar estas categorías como elementos de nuestro análisis se muestra un ambiente sumamente paradójico. Por una parte, aparece una sociedad en la que el individualismo juega un rol meramente ideológico institucional establecido por las estructuras políticas, de la que surgen “individuos personas” (Maffesoli, 2004) y, por otra, tales individuos desarrollan una capacidad de conciencia que los orilla a buscar y crear diferentes vías de acción política para escapar de las sendas institucionales. En este proceso, la libertad como voluntad (Kant, 2010) (asumida como acción política colectiva), se convierte en un elemento fundamental que cuestiona el ordenamiento de las lógicas individualistas, donde la libertad remite y se fundamenta en los valores del mercado.

Es menester destacar que, en una línea de interpretación reciente (y sugerente), Jeremy Rifkin advierte sobre la nueva era del “posmercado”, en la cual destaca cómo los avances tecnológicos y la automatización de los procesos productivos están transformando el panorama laboral afectando de manera definitiva las relaciones económicas y la vida social en su conjunto, como nunca antes en la historia de la humanidad.

De acuerdo con Rifkin, a medida que las tecnologías de la información y la comunicación avanzan y la automatización de los procesos productivos se generaliza, se reduce la necesidad de trabajo humano en ciertas áreas de la economía. Rifkin sugiere que esto podría dar lugar a una nueva forma de organización económica en la que la demanda de empleo tradicional disminuirá considerablemente con el paso de los años, lo cual está deviniendo en un replanteamiento del sistema laboral y económico (Rifkin, 1996).

Para Rifkin el “modelo de trabajo”, como lo habían explicado los clásicos de la economía política, ha llegado a su fin y ahora se presenta un derrotero que ha creado las condiciones para configurar un nuevo modelo laboral donde la tecnología juega un papel relevante en los procesos productivos y, con ello, en el empleo y las relaciones económicas de las sociedades modernas.

En ese tenor, y para continuar con la línea de argumentación que se ha estado presentando, podemos señalar que este nuevo proceso descrito por Rifkin está enarbolando un modelo radicalizado de las relaciones de mercado, pues con todo y que se está prescindiendo de los procesos productivos de antaño, lo cierto es que la idea del consumo extremo es lo que prevalece en esta nueva etapa del capitalismo. Por ende, la lógica individualista se seguirá fundamentando en las relaciones exacerbadas del mercado, conformando también un hiper individualismo.

EL INDIVIDUALISMO CONTEMPORÁNEO BAJO EL ESPECTRO DE LA LIBERTAD LIMITADA POR LOS VALORES DEL MERCADO

El compromiso, la responsabilidad social y la búsqueda del bien común, fueron desplazados paulatinamente por nuevas creencias y actitudes como la autonomía, la ausencia de compromiso, el placer propio, y el bienestar individual. La capacidad del individuo para asumir compromisos de larga duración.

Tal como lo hace el mercado, los individuos de nuestros días poco están dispuestos a comprometerse debido al latente riesgo de ser victimarios al daño de la desgracia, la frustración y el desencanto. Sin embargo, están dispuestos a arriesgarse y a confrontar el conflicto si encuentran la posibilidad de desarrollar plenamente una vida segura que los exente de cualquier vínculo emocional. Lo anterior, es una expresión de la solidaridad orgánica productiva que disminuye los valores morales públicos e incrementa la materialización de sus ingresos económicos.

La solidaridad orgánica en la vida social se manifiesta en una forma de sentimiento vacío, sin lazos, afinidades, o reciprocidad alguna por voluntad, sino es sustituida por sentimientos y emociones que vienen a llenarse con rasgos que generan sensación de bienestar individual y que, por lo regular, permiten el acceso al consumo y a todas aquellas actividades que generan placeres. Las relaciones humanas son mercantilizadas y se mantienen con la intención de conseguir beneficios expresados en goces, entretenimiento y deseo individual. La vida se convierte en una sucesión de nuevos comienzos con breves e indoloros finales (Bauman, 2000).

Este tipo de organización no se limita a los vínculos privados y sociales, sino que también regresa como una especie de bumerang hacia su lugar de origen. La división social del trabajo y la solidaridad orgánica productiva adquieren una nueva simbiosis. El individuo convertido en trabajador, además de ser obligado a adentrarse a las lógicas que imponen estos elementos, también desarrolla una conciencia conciliadora de intereses privados, lo que lo impulsa a establecerse retos personales, profesionales, académicos y recreativos. Estas responsabilidades, por denominarlas de algún modo, logran adentrarse en la conciencia del individuo a partir de la retórica que fomenta constantemente la especialización.

Lo anterior significa que el individuo no sólo debe saber manejar las herramientas productivas, sino que también debe mantenerse en constante especialización para ser considerado como un agente eficaz en la demanda que crea el mercado. De ahí que no sea raro que permanentemente se impulsa al individuo a acceder a programas de capacitación impartidos por diversas instituciones y universidades de carácter privado. El resultado deriva en el hecho de que el empleo en nuestros días, es concebido como una actividad que no necesariamente se llevará a cabo para siempre, toda vez que los trabajos ofertados serán determinados bajo fechas establecidas a partir de contratos flexibles.

Por lo tanto, el individuo se verá en la necesidad de generar su propia fuente de empleo. La especialización del individuo dará brecha a la cultura del emprendimiento y la innovación. Y junto con ello, la división social del trabajo aparece bajo la bandera del progreso, para sobresalir de la precariedad laboral. La solidaridad orgánica productiva entonces se alza para mejorar las condiciones económicas del individuo dejando de lado su valor ético-altruista.

La individualización de la sociedad se recrea en el tiempo libre y el entretenimiento, pero a la par, la velocidad para adaptarse a los tiempos que corren toma mayor relevancia. Es por ello que la especialización se convierte uno de los pilares fundamentales para sobrevivir en este mundo líquido.

La división social del trabajo, al verse transformada y trasladada al espacio de lo social, genera conflictos y radicaliza las diferencias, la solidaridad orgánica abandona su carácter sensible por la otredad y la especialización se convierte en engranaje que mantiene las jerarquías entre la sociedad. Cada uno de estos elementos desempeña una función mecánica y una organización vertical.

La división social del trabajo viene a sustituir las formas sociales de organización tradicional basadas en la organización familiar, los grupos políticos, los sindicalismos y todos aquellos grupos que en su momento eran la base de la estructura social, cultural y política de las sociedades. Dicha sustitución devino en expresiones que se depositan en conciencias y en funciones individuales.

La individualización que los procesos globalizadores trajeron consigo un partaguas en todas las estructuras sociales, como parte de la transición hacia un mundo de carácter empresarial y pragmático, en donde pareciera que el individuo deja de tener un valor humano para considerarse un simple objeto de producción y consumo. Esta forma de solidaridad resultado de la división social del trabajo hace del individuo un sujeto de intercambio que posibilita todo un sistema de derechos y deberes que los une pero que, a su vez, los distancia a través de mecanismos que impiden la cooperación mutua. En consecuencia, los sentimientos sociales desaparecen y en su lugar surgen obligaciones, derechos bajo nuevas normas de socialización.

Los vínculos afectivos que en su momento unían a la sociedad, por ejemplo, con la familia, las relaciones amorosas, las tradiciones, las costumbres y el fulgor de la identidad por pertenecer a un grupo étnico, religioso o cultural, así como las prácticas colectivas se desvanecen debido al surgimiento de la autonomía existencia de los individuos. La inspiración moral, ya no es suscitada en los individuos por los sentimientos de identidad, sino por la multiplicación de los vínculos funcionales que lo ligan con la sociedad (Durkheim, 2007).

Este derrotero da como resultado un ambiente paradójico, ya que por un lado el individuo desarrolla una conciencia conciliadora de intereses privados materializada en derechos, obligaciones y normas de convivencia que posibiliten su vida digna, pero por el otro lado, el individuo también se forja una conciencia de dependencia con respecto al todo social que representa. Bajo este principio “es como aparece la fuerza moralizadora y moderadora de la conducta privada” (Durkheim, 2007: 402).

La solidaridad orgánica creada por la división social del trabajo no relaciona individuos sino funcionales sociales cuyo fin es “articular un sistema diferenciado de normas que regula las diversas funciones de los deferentes órganos de la sociedad cooperativa” (Durkheim, 2007). Por lo tanto, la división social del trabajo es el mecanismo que integra y funda las bases para un nuevo orden moral, ya que, según Durkheim, genera las presiones necesarias para la especialización individual en condiciones sociales en las cuales esa división es un imperativo para la sobrevivencia de sociedades basadas en la cooperación. (Durkheim, 2007)

Bajo este proceso, tanto la división social del trabajo, la solidaridad orgánica y la especialización en el proceso de individualización, crea una sociedad con una estructura y funciones diversas, lo que permite que el individuo sea parte de esa forma de organización de manera estable y sistemática, sin ningún tipo de ordenamiento que regule de manera estricta sus comportamientos, actitudes y pensamientos.

Si bien la individualización aparece como un todo que se desarrolla bajo sus lógicas y estructuras, siguiendo las consideraciones de Gilles Lipovetsky, puede ser diagnosticada a partir de cinco acepciones: a) individualización cultural fundamentada en acciones que promueven el culto al hedonismo; b) individualización que provoca el culto al cuerpo a través de la cultura narcisista; c) individualización psicologista que se instituye en la estabilidad emocional de los

individuos; d) individualización que se simboliza en el culto hacia el mercado; e) individualización que trasgrede las instituciones e ideologías políticas.

Según Gilles Lipovetsky, la individualización que aparece con la globalización y que generó esta forma de organización social, es producto de una serie de revoluciones culturales que se desprendieron a partir de la caída del Muro de Berlín (Lipovetsky, 2003). La individualización cultural tiene como característica principal el culto al placer, a la posesión y al consumo de bienes que fomentan la satisfacción personal del propio individuo. Las personas que habitan las sociedades modernas se caracterizan fundamentalmente por la falta de responsabilidad y compromiso con el otro. Estas actitudes, tienen como propósito maximizar la búsqueda de una vida placentera, inmediata y sin el más mínimo esfuerzo.

Tener tiempo para el disfrute, la recreación y el descanso son inversiones para mantener una salud mental y una actitud positiva ante los quehaceres que mantienen condenado al individuo a su vida ordinaria. “El narciso cool” (Lipovetsky, 2009), es un ser optimista en su gozo y disfrute, un individuo que pretende vivir el presente, olvidándose de su pasado inmediato y sin preocupación por el futuro próximo. Nace una cultura hedonista que amplía el individualismo y lo diversifica a partir de las posibilidades de elección que promueve el mismo mercado a partir de la propaganda y el marketing.

En ese sentido, el valor narcisista es producto de un proceso de personalización (Lipovetsky, 2003) que mantiene al individuo en la vulnerabilidad emocional. En este proceso, el individualismo cultural se traslada hacia la esfera privada a través del culto a la salud y la preservación de la situación material. En otras palabras, el individuo se preocupa por buscar desesperadamente su bienestar. Se trata de vivir en el presente perdiendo el sentido de comunidad histórica (Lipovetsky, 2003). El individuo vive para sí, pretendiendo olvidar los valores e instituciones sociales. De esa manera, según Lipovetsky, la estrategia narcisista se sintetiza en la supervivencia del individuo tratando de preservar su salud física y psicológica. Bajo esta lógica, nace el síntoma social del narcisismo colectivo, cuya fiel expresión es el nivel masivo de la apatía frívola (Lipovetsky, 2003):

El narcisismo surge de la huida generalizada de los valores y finalidades sociales, provocada por el proceso de personalización. Se concentra entonces la atención en el yo funcionando por el placer, el bienestar, desestandarización, promoción del individualismo puro liberado totalmente de los encuadres de masa y enfocado en la valoración generalizada del sujeto (Lipovetsky, 2003: 42-45).

La individualización da forma a una nueva conducta psicologista del individuo que se caracteriza fundamentalmente por las técnicas de expresión, de comunicación y sensibilidad terapéutica. “La terapia *psi* genera una figura de narcisismo identificado como el *homo psicologicus* que trabaja duramente para la liberación del yo” (Lipovetsky, 2003: 53). Esta liberación personal produce que el individuo genere su autoconciencia y perciba el desarrollo de ésta como mecanismos que tienen que ver con la satisfacción de sus deseos y placeres. El individuo se convierte en una especie de narciso que permite abandonar por completo la esfera pública y, con ello, una adaptación al aislamiento social. El yo se convierte en la preocupación central de la sociedad moderna.

Como resultado, el espacio público se vacía emocionalmente de reclamos y consignas. De este modo, la autoconciencia sustituye a la conciencia de clase. Esta reafirmación del yo produce una nueva ética hedonista y permisiva, en la que la asociación libre, la creatividad espontánea,

la libre expresión y la ideología del bienestar individual contribuyen a un desmesuramiento de la esfera de relaciones.

Las sociedades occidentales están pasando de un tipo de sociedad más o menos dirigida por otros a una sociedad dirigida desde el interior. La personalidad debe profundizar su diferencia, su singularidad: el narcisismo representa esa liberación de la influencia del otro y funciona fundamentalmente como agente de proceso de personalización (Lipovetsky, 2003: 55).

El narcisismo se convierte en una de las características principales de este proceso de individualización, ya que hace posible la asimilación de modelos de comportamiento que buscan la satisfacción de placeres y deseos que contribuyan a la vida digna. Un ejemplo de este paradigma es el culto al cuerpo saludable. Esta actividad se ha convertido en el nuevo imaginario social y ha modificado gran parte de los espacios donde el individuo se relaciona; así como también, se ha transformado en el lugar en el que se alcanzan los éxitos y se consigue la voluntad de vivir plenamente.

El miedo que produce el hedonismo en nuestra sociedad es envejecer rápidamente, de la misma forma, el individuo se ve agobiado por la higiene, por la obesidad que genera la mala alimentación y por su deterioro físico. De ahí que el individuo viva rodeado de plazas comerciales donde se tiene acceso a los masajes recreativos, saunas, gimnasios y tiendas de productos naturistas: “La representación social del cuerpo ha sufrido una mutación cuya profundidad puede compararse con el desmoronamiento democrático de la representación del prójimo; el advenimiento de ese imaginario social del cuerpo produce el narcisismo” (Lipovetsky: 2003: 61).

El cuerpo se convierte en su estatus, forja su identidad y se convierte en una carta de presentación ante la sociedad. En ese sentido, el cuerpo se humaniza. Richard Sennett tiene razón cuando afirma “estamos inmersos en una cultura de la personalidad a condición de precisar que el propio cuerpo se convierte en sujeto y, como tal, debe situarse en la órbita de la liberación, incluso de la revolución, sexual por supuesto, pero también estética, dietética, sanitaria, etc., bajo la égida de modelos directivos” (Sennett, 2006: 42). Estas actitudes conducen a que el individuo disuelva sus roles públicos, y se envuelva en el discurso aspiracional de la autenticidad y de la autonomía en sus relaciones.

Estas manifestaciones de la individualización en la vida ordinarias del individuo forman parte de esta nueva conducta moral privada que se desprende de la división social del trabajo, la solidaridad orgánica productiva y la especialización. Ya que ambas categorías fundamentan el nuevo culto al individuo que se expresan en acciones colectivas cada vez más difusas y abstractas. Es decir, el individuo adopta sometimientos y lleva a cabo acciones que hacen referencia al papel que juega en la sociedad. Es gracias al culto al individuo y al sentimiento colectivo de respeto, lo que va a dar legitimidad a una forma de organización social, cuyos valores morales se expresan a través del cumplimiento con el deber laboral, la vida saludable y el reconocimiento por cumplir objetivos y metas propuestas.

Estas conductas que se desprenden del culto al individuo “exige apenas que seamos delicados con nuestros semejantes y que seamos justos; que desempeñemos bien nuestra ocupación; que trabajemos en aquello para lo que estamos llamados, en la función que podamos desempeñar de modo óptimo, recibiendo la justa recompensa por nuestros esfuerzos” (Lipovetsky: 2003: 66).

La autenticidad del individuo se convierte en un valor social, “con signos como manifestaciones demasiado exuberantes, discursos demasiado teatrales que no producen el efecto de sinceridad” (Lipovetsky: 2003:64). El narcisismo del individuo se arroja en la discreción y en una

libertad de expresión limitada por un marco preestablecido. Por lo tanto, el individualismo lejos de exacerbar las exclusiones y fomentar el sectarismo, tiene efectos inversos, ya que la búsqueda del placer impulsa al individuo a dismantelar los antagonismos rígidos.

Se sustituye el moralismo por el laxismo, se renuncia a la militancia religiosa y/o partidista, evitando a toda costa el trance y el compromiso por la creencia. Se conduce, entonces, al aniquilamiento del conflicto. Al neutralizar los conflictos en beneficio de la seducción y el placer se generaliza la indiferencia por el otro, esto constituye el primer signo de la desaparición “ficticia” de lo político.

Este ambiente social que produce el individualismo de nuestra época, produce diversos desórdenes que constituyen la mayor parte de los trastornos psíquicos del individuo. El sentimiento de vacío se llena de enfermedad y de incompreensión; además se incrementa la orientación hacia la depresión, la violencia, el consumo de narcóticos, alcoholismo y suicidios latentes. El individualismo se germina bajo el desapego emocional.

El sentimentalismo ha sufrido el mismo destino que la muerte, resulta incómodo exhibir las pasiones, declarar ardientemente el amor, llorar, manifestar con demasiado énfasis los impulsos emocionales. Como en el caso de la muerte, el sentimentalismo resulta incómodo, se trata de permanecer digno o discreto. Nuestra época queda caracterizada entonces por la huida ante los signos de sentimentalidad (Lipovetsky, 2003: 77).

El individualismo podría definirse como aquella ideología que valora al individuo e ignora y subordina la totalidad social (Dumont), lo que genera la gran paradoja que caracteriza a la individualización, ya que “socializa a los individuos desocializándolos” (Lipovetsky, 2003). Los individuos de nuestra época son mucho y a la vez casi nada; son, ante todo, el producto (Baudrillard), sin determinación personal y sin vocación. (Mounier).

Sin embargo, estas prácticas que devienen de la nueva moralidad que funda el proceso de individualización, que exalta el culto al individuo, la diferencia y la felicidad privada, no es más que la manifestación de los progresos y transformaciones que ha traído consigo la propia división social del trabajo.

Durkheim, en *Las formas elementales de la vida religiosa* (1951), en el apartado que dedica al análisis de los progresos de la división social del trabajo, establece que la felicidad tiene sus raíces en esta misma división:

Es la necesidad de felicidad lo que conduciría al individuo a especializarse cada vez más. Como sin duda toda especialización presupone la presencia simultánea de diversos individuos y de su curso, ella no es posible sin una sociedad. Con todo, en lugar de ser la causa determinante, la sociedad sería apenas el medio por el cual ella [la especialización] se realiza, la materia necesaria para la organización del trabajo dividido (Durkheim, 2007: 212).

En la sociedad de individuos somos socialmente nada, a fin de evitar compromisos sociales fuertes y responsables. Maffesoli menciona al respecto: “Al no ser nada estamos más allá de donde se nos espera, somos algo distinto de lo que se cree que somos” (Maffesoli, 2009: 55). He aquí la fuerza y la esencia de la individualización. El valor de la diferencia por el otro es la piedra de toque de la individualización, y por consecuencia, este existir individual repercute fundamentalmente en la civilidad y en la actividad política. Lipovetsky argumenta al respecto:

Hoy cuanto más solícita la subjetividad, más anónimo y vacío es el efecto” (Lipovetsky, 2003). De manera que algo aconteció con la subjetividad “de tal modo que su poder relacional y de apertura ya no se traduce fácilmente en responsabilidad moral, ni generosidad o espíritu solidario (cit. pos Moreno, 1991: 50).

El individualismo en la sociedad de nuestra época se manifiesta y se traduce como una especie de ideología que tiene su base en la subjetividad y se expresa comúnmente en la intimidad y en el goce que produce los valores mercantiles. En este sentido, lo que define al individualismo es el ansia de lo que ha llamado Philipp Hersch, “quest for fulfillment” (cit.pos. Lipovetsky, 2003: 85), que puede traducirse en la búsqueda de placer, goce y bienestar. El individuo se convierte en un buscador de ambientes confortables. “El ideal moderno de subordinación de lo individual a las reglas racionales colectivas ha sido pulverizado, el proceso de personalización ha promovido y encarnado masivamente un valor fundamental, el de la realización personal.” (Lipovetsky, 2003: 85).

El dinero representa bajo este contexto la doctrina de las pasiones, representado como aquél objeto de la codicia y eje articulador de relaciones, emociones, sentimientos que confeccionan en el individuo un modelo de conductas y valores morales. Es el elemento que yuxtapone todas las relaciones generales entre los sujetos y los objetos moldeando el ambiente sociocultural de nuestros tiempos.

El dinero que origina la división social del trabajo y de todo el capitalismo en su conjunto, crea un individuo enajenado por una conciencia de producción y consumo lo que posibilita una realidad, cuyo punto de partida se da a partir del extrañamiento del mundo, es decir, a partir de cómo los individuos se relacionan con los objetos y los sujetos.

En efecto, el dinero bajo los procesos de individualización que se producen a partir de la división social del trabajo, de la solidaridad orgánica y de la constante especialización del individuo, crea un ambiente de codicia e impulsa una moral privada, reguladora de sus relaciones con los otros, sensible a los sentimientos de valor, del placer y del sentido de su existencia (Simmel, 2007).

Bajo esta nueva lógica de relación surge el problema de la valorización de los individuos, ya que el dinero sustituye la dignidad de las personas, cosificándolas en un objeto de valor. La operatividad del dinero en la cultura afecta el sistema de relaciones, ya que más allá de establecer lazos de larga duración, se establecen relaciones reguladas por el costo beneficio.

En este sentido, la cosificación del dinero produce una libertad limitada que se expresa a partir de la centralización del sujeto en la lógica capitalista de los mecanismos de la división social del trabajo, la solidaridad orgánica y la especialización, lo que origina discursos en los cuales la libertad [limitada], se coloca con elementos que hacen de la vida del individuo una existencia más deseosa y placentera. Este tipo de libertad, reduce la libertad con el acceso al consumo, la producción de mercancía a partir de la innovación y el emprendimiento, así como a través de cualquier otra actividad cuyo objetivo sea la satisfacción individual.

En este sentido, la libertad limitada atenta contra la esencia de la libertad expresada en la propiedad de la voluntad, fundamentada en la acción política plural y que tiene como objetivo garantizar el uso práctico de la razón, y por lo tanto cimentar las bases para lograr una felicidad general y privada (Kant). Sin embargo, en el momento en que se pierden los cimientos que mantienen la libertad con base a voluntades y son sustituidos por la libertad limitada, se promueve la cosificación del dinero a partir de la división social del trabajo, la solidaridad orgánica y la especialización.

Esto ha originado una sociedad de individuos aislados que abandonan por completo la esfera pública; neutraliza los conflictos en beneficio de su seducción; niega y desaparece cualquier forma de otredad; y genera individuos al borde del cansancio, de modo que las expresiones de lucha, los estresan, desaniman y, en el peor de los casos, dejan de creer en el sistema.

En suma, podríamos señalar que el actual proceso de individualización compuesta a la luz de la división social del trabajo, la solidaridad orgánica y la especialización; y que cosifica una realidad existente materializada en el dinero, establece un individuo perceptivo a los sentimientos del valor; conciliador del interés privado y conducido por una moral hedonista.

A partir de este contexto, en una próxima entrega, se examinará la transfiguración de la libertad, asumida como acción política, en el terreno de la sociedad constituida por *hombres solos*, con el propósito de identificar la diferencia entre un proceso limitado por los valores del mercado y una experiencia basada en la libertad con base a voluntades. Para ello se mostrarán las diferencias entre libertad limitada y libertad asumida como acción política plural manifiesta en la propiedad de la voluntad.

FUENTES CONSULTADAS

- Arendt, Hanna (1997) ¿Qué es política? Barcelona. Pensamiento Contemporáneo.
- Arendt, Hanna (2005). *De la historia a la acción*. Buenos Aires. Paidós.
- Arendt, Hanna (2000). *Entre o pasado e o futuro*. Sao Paulo. Perspectiva.
- Arendt, Hanna (2001). *La condición humana*. Barcelona. Paidós Ibérica.
- Arendt, Hanna (2003). *Sobre la revolución*. Barcelona. Alianza Editorial.
- Arrighi, Giovanni (2007). *Adam Smith en Pekin: Orígenes y fundamentos del siglo XXI*, Madrid. Akal.
- Berlin, Isaiah (2000). *Dos conceptos sobre la libertad y otros escritos*. Barcelona. Alianza Editorial.
- Bauman, Zygmunt (2002). *En busca de la política*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Zygmunt (2001). *La sociedad individualizada*. Madrid. Cátedra.
- Bauman, Zygmunt (2010). *Libertad*. Barcelona. Losada.
- Bauman, Zygmunt (2003). *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*. México. Tusquets.
- Bauman, Zygmunt (2007). *Vida líquida*. Barcelona. Paidós.
- Beck, Ulrich, (2003). *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Barcelona. Paidós.
- Beck, Ulrich. (1999). *Hijos de la libertad*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Beck, Ulrich. (2002). *Libertad o Capitalismo. Conversaciones con Johnnes Willms*. Barcelona. Paidós.
- Beck, Ulrich. (2006). *La sociedad del riesgo mundial. En busca de la seguridad perdida*. Barcelona. Paidós.
- Beck, Ulrich. (1994). *Modernidad reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*. Madrid. Alianza.
- Beck-Gersheim, Elisabeth (2003). *La reinención de la familia. En busca de nuevas formas de convivencia*. Barcelona. Paidós Contextos.
- Bürger, C & Bürger, P. (1987). *La desaparición del Sujeto: una historia de la subjetividad de Montaigne a Blanchot*. Madrid. Akal.
- Camus, Albert (1996). *El primer hombre*. México. Ediciones de bolsillo.
- Castoriadis, Cornelius (2005). *El avance de la insignificancia*. Buenos Aires. Editorial universitaria de Buenos Aires.

- Castells, Manuel (1998). *Redes de indignación y esperanza: Los movimientos sociales en la era del internet*. Barcelona. Alianza Editorial.
- Chul Han, Byung (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona. Herder.
- Chul Han, Byung (2015). *La sociedad de la transparencia*. Barcelona. Herder.
- Chul Han, Byung (2015). *La sociedad del aburrimiento*. Barcelona. Herder.
- Coriat, Benjamin (2003). *Pensar al revés: Trabajo y organización en la empresa japonesa*. Madrid. Siglo XXI.
- Delgado, María Concepción (2017). El concepto de libertad en Hannah Arendt para el ejercicio de los derechos humanos. *Revista de Ciencias Sociales*. México. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Facultad de Derecho y Ciencias Sociales.
- Durkheim, Émile (1987). *La división del trabajo*. Madrid. Ediciones AKAL.
- Durkheim, Émile (2007). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid. Ediciones AKAL.
- Elias, Norbert (2009). *La soledad de los moribundos*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Friedman, Milton (2003). *Capitalismo y libertad*. Madrid. Editorial Rialp.
- Gavira, Luis (2013). *El concepto de libertad política en Hannah Arendt*. Manizales. Universidad Autónoma de Manizales.
- Giddens, Anthony (1994). *El capitalismo y la moderna teoría social*. Barcelona. Editorial Labor.
- Giddens, Anthony (2005). *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. México. Taurus.
- Heidegger, Martín (2000). El intento por pensar la esencia de la técnica como una reorientación en el Ethos. *Revista Perseitas*. 4. 1. Colombia.
- Lipovetsky, Gilles (2003). *La era del vacío*. Barcelona. Anagrama.
- Marx, Karl (1978). *El capital. Crítica de la economía política*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Maffesoli, Michel (2004). *El tiempo de las tribus. El ocaso de las tribus en las sociedades posmodernas*. Buenos Aires. Siglo XXI.
- Mill, John, S. (2012). *Sobre la libertad*, Barcelona, Akal.
- Moreno, Alejandro (1991). *El concepto de vida en la ética contemporánea*. Madrid. Universidad de Murcia. Departamento de Filosofía.
- Orozco, J Manuel (2014). *De la sociedad del cansancio a la sociedad del aburrimiento. Un estudio sobre el pensamiento de Byung-Chul-Han*. Estudios 113-ITAM. XIII. México.
- Paz, Octavio (1950). *El laberinto de la soledad*. México. FCE.
- Posadas, Ruslan (2015). *Realidades líquidas, conceptos zombis. El léxico de la política en la globalización*. México. UACM/Gedisa.
- Rifkin, Jeremy (1996). *El fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era*. México. Paidós.
- Sartre, Jean Paul (1990). *El ser y la nada*. Argentina. Losada.
- Seabrook, Jeremy (1988). *Clases, castas y jerarquías*. Barcelona. Intermon-Oxfam.
- Sennet, Richard (2006). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona. Anagrama.
- Simmel, George (2003). *Filosofía del dinero*. Barcelona. Paidós.
- Smith, Adam (2011). *La riqueza de las naciones*. Madrid. Alianza.
- Tocqueville, Alexis de (1957). *La democracia en América*. México. Fondo de Cultura Económica.